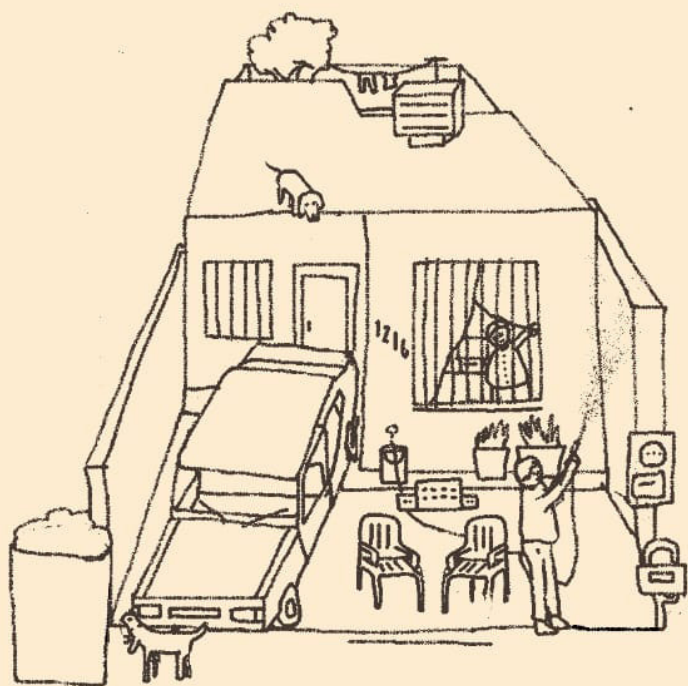


PUERTAS ADENTRO

CUENTOS SOBRE LA FAMILIA
Y EL AISLAMIENTO OBLIGATORIO



PAULINA BONINO

Nombre y apellido: Paulina Bonino

Legajo: 27431/7

DNI: 39.765.394

Domicilio: Alvear 1671

Teléfono: 1136478172

Correo: paulinabonino123@gmail.com

Sede de la Facultad: La Plata

Fecha de presentación: Marzo de 2021

Director

Ulises Cremonte

Co-directora

Silvana Casali

Diseño de tapa

Jaime Fernández @perrosconsueter

Diagramación

Lucio Bustos

ÍNDICE

Prólogo	5
Mi padre mi madre mi hermana	8
Nuestros votos	12
Feliz cumpleaños	16
La pérdida	20
La familia de mi amiga.....	22
Doméstico	29
La niña/la madre.....	33
La visita	36
El Regreso.....	41
Greta	51
Los hijos.....	55

PRÓLOGO

Aquello que antecede a las historias.

Cuando mi abuelo tiene tres meses la casa en la que vive se prende fuego. Su madre, antes de morir en el incendio, empuja el cochecito hacia afuera y lo salva. La casa, pequeña y de chapa, se llena primero de llamas y luego de humo negro. Después, no queda nada, excepto un cochecito, a unos metros, con un bebé que llora.

Todos los días mi abuelo y mi abuela insisten en que vayamos o en venir a mi casa. Si te toca, te toca, dicen. Su historial médico es variado: cáncer, diabetes, artrosis, operación de vesícula. Ya no sé a quién corresponde cada enfermedad, pero da igual: a los dos les duelen cosas. Insisten en vernos.

Mi abuela y mi abuelo se conocen de chicos, luego de que él se mudara junto a su padre frente a su casa en Bragado: son vecinos. Los dos se dan cuenta de que ya se habían visto antes, en una fiesta en el pueblo, y de que también se habían gustado. Se casan a los veintiún años. Mi abuela dice: no lo volvería a hacer, pero eran otras épocas. Tienen a su primer hijo: Guillermo, mi papá, y cuando todavía es un bebé, se mudan. Serán migrantes, pero de pocos kilómetros. En Mar del Plata, mi abuelo trabaja en una joyería y todo resulta relativamente bien. Tienen otro hijo: Cristian, mi tío.

Cuando mi papá crece se muda a Avellaneda para jugar al fútbol. Vive en la casa de Mimí, prima de mi abuela. Luego, mis abuelos, para vivir con mi papá, vuelven a migrar: el destino es Quilmes. Mi abuelo trabaja en una fábrica por las noches y mi abuela le prepara en un tupper la comida para que se lleve. Tienen, sin quererlo, otra hija: Sabrina, mi tía.

Mi papá conoce a mi mamá en el colegio, se ponen de novios, juegan con Sabrina, que todavía es bebé. Cuando mi papá tiene veintiún años, se casan. Tiempo después tienen a mi hermana Guillermina y tres años más tarde, a mí. Nadie vuelve a migrar: como si, de repente, todos hubieran encontrado un lugar donde quedarse.

Pero será mi hermana quien muchos años después, elija irse. Tendrá un hijo en otro país. Mi tía, quien seguirá en Quilmes, también tendrá un hijo. Se llevarán apenas unos meses; se conocerán por videollamada.

Mi familia está presente en los cuentos del Trabajo Integrador Final. En personajes, en escenas, en descripciones, y en la posibilidad de que todo esto exista.

Sin embargo, mis amigas, sus padres, madres, hermanxs, también están presentes en los relatos, así como lo están familias de conocidxs y familias que aún no conozco (y probablemente nunca lo haga).

En tanto, les agradezco a mi papá y a mi mamá por brindarme la posibilidad de estudiar; por comprarme los libros que necesito y volver relativa la necesidad. A mi hermana, mis abuelos, y también a mis amigas: las que disfrutan de leer y leyeron los cuentos antes de estar terminados, y también a las que no les gusta leer o les aburre.

Y a Ulises y a Silvana, por mejorar cada cuento y acompañarme en estos meses.

Cuando en un acto reflejo la madre de mi abuelo empuja el cochecito, él se salva. Por esa razón, entre otras, estas historias se pueden contar.

Los dramas cotidianos,
practicados por la humanidad entera durante siglos,
son obras de arte perfectas, casi insuperables.

OSVALDO LAMBORGHINI

Solía verme, estos días,
como colgado del afecto familiar,
igual que tomado de un gancho con un solo dedo;
abajo, el vacío.

ANTONIO DI BENEDETTO

MI PADRE MI MADRE MI HERMANA

Lo terrible de mi padre es que es un hombre feliz. Siempre creí que un hombre feliz en este mundo era un loco o un psicópata. Él, sin embargo, no es ninguno de los dos. A un hombre con esta característica es simple reconocerlo: pocas arrugas, voz siempre monótona, alguna canción silbada cada tanto, quizás con la melodía de Marcela Morelo, pero sin saberlo. Una vez discutimos. Los dos somos realmente tranquilos. La pelea sucedió como en cámara lenta. Dijo: tenés que empezar a hacer algo con tu vida. En esa época yo apenas estudiaba en la facultad y pasaba los días encerrada en mi habitación. Hago cosas, dije. Contestó algo, y me fui. Esa fue nuestra primera y única discusión. Con mi hermana un día quisimos saber cómo lo hacía. Él nos dijo, pausado e incluso sonriente: la felicidad está acá -señaló su cabeza con el dedo índice.

Ellos sí discutían. O, por lo menos, mi hermana se enfrentaba a él. Mi madre solía actuar de mediadora, pero lo que sucedió el miércoles pasado fue, podría decirse, un exceso, y mi padre, que es un hombre feliz, parece comenzar a perder poco a poco aquello que lo define.

Julietta invitó a Nicolás a dormir. No le avisó a nadie. Le abrió la puerta alrededor de las dos de la mañana mientras mis padres dormían. Le mandé un mensaje a ella diciéndole que no estaba bien lo que hacía, pero en realidad me daba igual. Al mediodía me desperté y estaban mi papá, mi mamá y mi hermana sentados alrededor de la mesa. A Nicolás lo habíamos visto algunas veces, pero a mi casa no había venido antes. Mi papá estaba enojado, levantaba la voz y luego disminuía el volumen, como si ese tono lo asustara también a él.

Ni mi hermana ni yo somos niñas, pero meter a alguien en casa a la madrugada nunca estuvo permitido, a pesar de que no se nos haya dicho o quizás como consecuencia de ello. Ahora, claro, mucho menos. Mi mamá tranquilizaba a mi papá. Yo, que tengo un sueño realmente profundo, sospeché que faltaba una parte de la historia, o que la historia, una vez más, me había encontrado dormida. Había soñado que iba a un lugar a tomar cerveza y que por fin se había terminado todo. No sé bien con quién estaba, pero sí que estábamos contentos, o contentas. Mientras yo tomaba una cerveza en sueños, intuyo, mi padre se levantó al baño a la madrugada y vio a Nicolás en calzoncillos. O quizás fue mi mamá, que lo comentó con mi papá en ese mismo instante. O tal vez, simplemente, lo vieron irse a la mañana.

Me quedé parada en la estufa, a una distancia que me favorecía por todos lados: escuchaba sin problemas, no era parte de la discusión y me alejaba del frío. En la mesa, mi hermana se excusaba. Decía reiteradamente “no soy una nena, no soy una nena”, con un tono que le jugaba en contra y una lágrima vi que se le escapó. La televisión estaba encendida en un programa de cirugías estéticas para gente que tenía alguna anomalía notoria. En este caso, había una mujer, rubia, de Texas, con su teta derecha ampliamente más grande que la izquierda. Sin embargo, en mi casa todos habían desarrollado la capacidad de ya no escuchar la televisión. Era gracioso: solo al apagarla eran capaces de notar su presencia.

Desde cuándo invitabas a cualquier persona a casa, y de noche, decía mi papá. Mi hermana, como se puede suponer, respondía que Nicolás no era cualquier persona. Lo conocía de la facultad, habían cursado algunas materias juntos. Era alto, flaco y narigón. Mi hermana, alta también, flaca y de suerte genética mejor que la mía, padecía lo que se conoce como distorsión amorosa.

De ella aprendí una cosa. Teníamos 15 y 18 años. Cumpliendo con su rol de hermana mayor, me dijo: hay una cosa que tenes que saber. A los chicos no les gusta que vos les estés atrás. Tampoco podés besarte con todos, pero sí con alguno. Entonces yo crecí buscando un punto medio que nunca encontré; luego entendí que era mucho más simple: los chicos no gustaban de mí, y yo no gustaba de ellos. Nicolás, de todos modos, me caía bien.

Sin pensarlo demasiado, desde mi lugar en el escenario, dije: tampoco es para tanto. Todos acá en estos días alguna vez salimos o vimos a alguien. La semana pasada ustedes vieron a Lucas, a su mujer, y a la hija. Los tres giraron su cabeza hacia mí. Me quedé callada y tragué saliva. Lucas es primo de mi mamá. Habían ido a su casa y esa vez, incluso, cenaron juntos. También pensé en la tía Marta, que vive enfrente y se cruzó en la semana tres veces a casa; nunca antes la habíamos visto tanto. No lo dije. Vos no te metas, me dijo mi papá y yo me quedé sin saber qué hacer. Mi madre seguía sentada ahí pero era lo mismo que si no estuviera. Repetía a veces las frases que mi padre terminaba. Él decía: no puedo creer que no te importe cuidarnos. Ella agregaba, como si fuera una ocurrencia del momento: no te importa cuidarnos. Ahí mismo me pregunté cuánto más podría durar esa discusión. Por cómo se estaba desarrollando, intuía que no más de diez minutos. Mi madre, inesperadamente, habló: cuando se vayan a vivir solas, ahí sí, hagan lo que quieran. Acá hay reglas. Si no les gustan, ya saben, dijo y miró a mi padre. Concluyeron en que a Nicolás mi hermana no lo podría ver, ni siquiera fuera de casa. Al menos hasta que pasara todo.

Julieta, al rato, me contó. A la madrugada mamá golpeó la puerta de su habitación. Entró y los vio durmiendo, simplemente. A la mañana le dijo a nuestro padre y a Julieta le avisaron que ya sabían todo. Ella se hizo la desentendida por un rato. Nicolás se había ido horas antes, pero mi hermana terminó por confesar. ¿Y qué se le dio por abrir la puerta de tu habitación?, le pregunté. Me dijo que no sabía. Suponemos, entonces, que algo escuchó. Tampoco era la primera

vez que mi madre abría una puerta cuando sospechaba de algo. A veces lo hacía disimuladamente, traía un pullover recién planchado y lo dejaba sobre la cama, observaba la situación y se iba. Al rato, mientras seguía en mi habitación, quizás con una amiga, ella volvía a entrar. Esta vez, con dos bombachas.

La semana siguió. A mi padre no lo oímos silbar ni una vez. Nos preocupamos, es cierto, pero yo sentía un gran alivio al no tener que oír más esas canciones. Además, cada vez que silbaba no sabía cómo decirle que parara. Callate me parecía ofensivo, muy cruel. No silbes más sonaba a una orden, tampoco me gustaba. Nunca encontraba la palabra adecuada. Mi hermana, sin quererlo, lo logró. En la televisión, una mujer deseaba que le quitaran un pedazo de su trasero (así lo traducían). La chica en cuestión, Ashley, había pasado anteriormente por un médico que, conforme con su pedido, agrandó su trasero, pero para los costados. Ashley estaba devastada, los cirujanos de la televisión le decían que podían ayudarla y mis padres, ambos en el sillón, miraban sin decir una palabra.

Al volver a mi habitación, vi en un portarretrato las últimas vacaciones familiares. A la distancia, a los cuatro se nos veía contentos. El mar de fondo ayudaba; Julieta estaba en malla con un licuado en la mano, yo a su lado y mi mamá con anteojos al lado de mi papá. Él cubría su cara del sol que, fruncida y tostada, parecía una pasa de uva. Alrededor, la playa estaba repleta. Del mar se asomaban cabezas o cuerpos en mitades.

NUESTROS VOTOS

Con mi marido hoy celebramos nuestra separación. Unimos nuestros labios y nos dimos un beso hasta que se oyó la voz de Tomás, nuestro hijo mayor, que, con una varita de Harry Potter que le compramos cuando cumplió 9, gritó: ¡Divorcio! y nuestras bocas se separaron para dar lugar a un apretón de manos. Con su pulgar derecho mi marido acarició mis nudillos, y ambos nos miramos. Esbozamos una sonrisa: pura resignación. Lucas, nuestro hijo más chico, fue el encargado de quitarnos los anillos. Apareció por detrás e hizo una caminata por el living. Le dimos nuestras manos y él los retiró. Inmediatamente sentí como si algo me faltara; miré mi dedo y la marca que dejó el anillo.

El paso siguiente fue buscar dos departamentos para que cada uno se mude. La casa en la que todavía vivimos es, por un lado, demasiado grande, y, por otro lado, está hecha de algo que ya no somos. Acordamos que nuestras nuevas vidas tienen que estar lo suficientemente cerca para poder trasladar a los niños sin demasiada dificultad, pero lo suficientemente lejos para no cruzarnos ni por casualidad. No nos odiamos, estamos muy cansados como para hacerlo. Y por esa misma razón, creo, tampoco nos sale querernos. A esta conclusión llegamos después de ocho sesiones de zoom con un terapeuta de parejas que nos recomendó mi prima Sonia. Con mi marido confiamos, pero tendríamos que habernos dado cuenta antes de la primera sesión: Sonia lleva tres divorcios.

Todos los lunes nos conectábamos y nos encontrábamos a Esteban. Hiciera frío o calor siempre usaba una polera negra: nunca pudimos

ver su cuello. Mi marido solía decir que posiblemente estuviera repleto de chupones y arañazos. Yo, por el contrario, sostenía que era la forma que los psicólogos tenían de demostrar su profesionalismo. Si mi profesora de yoga o alguna de mis compañeras hubiera tenido una polera, me habría alarmado. En este caso, con Esteban, era una cuestión lógica.

Las primeras sesiones nos dedicamos a hablar de nuestros hijos y del encierro; podríamos haber seguido, pero en la tercera sesión el terapeuta llevó las conversaciones hacia el plano de la pareja. ¿Cuándo fue la última vez que tuvieron relaciones?, preguntó. Sin necesidad de pensarlo, mi marido respondió: hace cuatro meses. Fue en enero, después del cumpleaños de un amigo nuestro. Como si nos hubiera tomado por sorpresa, lo habíamos hecho con ropa que nos sacamos solo al terminar. Esa noche cogimos como dos adolescentes: mal pero con ganas.

Las siguientes sesiones nos propuso que dijéramos tres cualidades del otro y tres defectos. Él dijo: egoísta, narcisista, maniática. Yo dije muy correcto, serio, depresivo. Las virtudes tardamos un poco más en pensarlas, pero finalmente dije: bondadoso, buen padre, sensible. Él dijo: sincera, buena madre, graciosa. Esteban asentía y nos dejaba unos minutos en silencio; lo hacía a propósito, como si esperara encontrar algo en la ausencia; como si nosotros no la conociéramos lo suficiente.

En la sexta sesión nos confesó que no entendía del todo por qué nos queríamos separar. El problema, con perspectiva, era que hacía tiempo que entre nosotros no sucedía nada: no vernos a toda hora había hecho más simple todo.

En la séptima sesión nos preguntó si nos queríamos dar un beso. Mi marido levantó los hombros y afirmó tímidamente. Mientras nos besábamos me pregunté por qué estábamos haciendo eso. Abrí los ojos para ver si mi marido los tenía abiertos y noté que sí. Supe la

respuesta: probablemente lo hiciéramos para decir que lo intentamos. Esteban anotaba cosas en una agenda.

En la octava sesión concluimos en que no había odio, pero tampoco deseo o amor. Estábamos cansados, y entre nosotros solo había restos.

Después de cortar nuestra última videollamada dejamos el celular sobre la mesa y nos quedamos un rato en silencio. Nos abrazamos y ahí, recién ahí, pudimos llorar.

Lo hicimos progresivamente, primero con timidez para luego terminar en un llanto que sale de lo más profundo, o que viene incluso desde otro lado, más remoto, quizás de otra vida. Sentí que de verdad estábamos haciendo algo juntos.

Luego propuse hacer la separación en casa. Los chicos estaban al tanto de nuestras sesiones. Al principio mi marido no estuvo de acuerdo. ¿Por qué no?, le pregunté. Objetó la posibilidad de futuros traumas, de que quizás no les hiciera bien a los chicos. Yo le dije que traumas iban a tener de todos modos, y con ese argumento lo convencí: me alegró tener todavía cierto poder para derribar sus convicciones.

En la cena estábamos en silencio hasta que él habló. Chicos, con mamá nos vamos a separar, dijo. Noté que Lucas se entristeció, así que dije que en un futuro iban a tener dos casas y todo lo que les gusta, doble. Vamos a celebrarlo. ¿Quieren que hagamos una fiesta de divorcio? Los niños dijeron al unísono: ¡Siii!, y con mi marido nos miramos: teníamos todavía los ojos hinchados.

Tras la celebración, nuestros hijos quisieron pedir pizzas. Nos apenamos de no poder invitar a nadie, pero hicimos un zoom al que entraron algunos amigos y también mi prima Sonia. Fue la última en aparecer, acompañada de un hombre más grande y que no habíamos visto antes. Hablaba uno y el otro lo miraba y sonreía, y viceversa. Sonia dijo: cuando todo esto pase queremos casarnos.

Sonó el timbre, mi marido abrió vestido con un short de fútbol y un saco de traje. Dejó las cajas de pizza sobre la mesa y nos despedimos de nuestros amigos y de Sonia y su pareja. ¿Se enamorará mi marido de una mujer más joven? No lo sé. ¿Podré enamorarme nuevamente? Quisiera, para mi vida, la perseverancia de Sonia.

Mirando las futuras casas me dio envidia que la que él había elegido era mucho más linda que mis posibilidades. Las mudanzas, sin embargo, se podrían efectuar recién el mes siguiente. Había una posibilidad de que ni siquiera se pudiera hacer el mes próximo y que tuviéramos que esperar aún más, pero ninguno de los dos lo mencionó. Los niños quedarían bajo mi cuidado los lunes, miércoles, viernes y sábados. Él los tendría los martes, jueves y domingos. Nos pusimos de acuerdo fácilmente, mientras él se contactaba con la dueña de un departamento de cuatro ambientes, con una terraza amplia y piscina. Con mi presupuesto solo podía pretender dos cuartos, un baño y si quería ver alguna pileta, estaría repleta de platos sucios. Quizás en verano cuando llevara a los niños podrían invitarme a tomar sol. Mi marido hablaba por teléfono y ponía la voz más grave de lo que en realidad la tiene. Sí, sí, claro, definitivamente, le decía a la mujer. Él era todo afirmación. Así luce un hombre contento, pensé.

FELIZ CUMPLEAÑOS

Los adultos insisten en llamarme por mi cumpleaños. Yo sé que no lo hacen por mi y que si no llaman se fallan a ellos mismos, pero de todas formas colaboro. Atiendo y hago una de las cosas que mejor me sale: fingir. Gladys pregunta si sé quién es. Respondo que sí, aunque es algo quizás más complejo. Quiere saber cuántos años cumplo y cómo la estoy pasando, a pesar de que bueno, mucho no se puede hacer (se ríe un poco). Digo que bien, que cumplo veinticuatro, que estoy en la cama (me río un poco). Me felicita por mi sobrino y yo agradezco, pero en el fondo sé que mis logros en realidad ni siquiera son míos. Hablamos de que la calle está peligrosa, que no se puede salir a caminar. Hay mucho delincuente que no le importa nada, dice Gladys, y yo digo que sí, que es cierto, porque me adapto y porque, aunque nuestras posturas difieran cuando yo vuelva a ser yo, sé que algo de razón tiene. Luego me pregunta si tengo novio. No, estoy soltera, le digo, pero estoy bien. Se hace un silencio incómodo entre nosotras. Me separé hace cinco días, pero eso no se lo digo. Se apena por mi soltería pero me asegura que ya voy a encontrar a un buen chico que me merezca. Yo le digo que ojalá (en la versión que Gladys conoce ansío encontrar a un buen chico).

Con Clara simplemente no funcionó. Leí en algún lugar que así se dice cuando la gente se separa, y posiblemente cuando tampoco se sabe bien el por qué. Podría enumerar las posibilidades: la distancia, los celos, las mentiras, el cansancio. Pero no, simplemente no funcionó. Con Gladys nos despedimos amablemente. Saludos para todos, le digo, que anden bien, beso, beso, ja ja ja, chau, nos vemos, gracias por llamar. Corto y me quedo unos segundos en silencio,

respiro hondo como quien por fin termina un trabajo que le llevó demasiado tiempo. Debería agradecerme a mí por atender, pienso, pero luego siento culpa.

En la cocina, mi madre prepara sanguchitos y alfajores de maicena. Me llamó Gladys de Banfield, le digo. Especifico la zona para que no se la confunda con otra pariente, a quien llamamos Gladys de Capital. Mirá qué bien, me dice. Le debe haber pedido el número a Romina. Siempre me llama por mi cumpleaños, respondo. Me preguntó si tenía novio. Mi mamá se pone seria, sin quererlo, y me mira: ¿y vos qué le dijiste? No, le dije que no tenía. Nada más.

¿Te gustan cómo están?, me dice y me muestra cómo quedan los alfajorcitos después de que pasen por coco rallado como ruedas de autos sobre la nieve. Sí, están lindos, le digo, y me voy.

No decirlo demasiado era el trato que había hecho involuntariamente con mi mamá. No me gustaría que lo hagas público ni que te andes mostrando por ahí, dijo ella. Y yo dije que nunca fui una persona de hacer públicas mis cosas, y que tampoco me interesaba, como para que piense que también era una decisión mía. De esta conversación habían pasado solo dos meses y con Clara, en ese entonces, estábamos bien. Es decir: hacíamos buenas videollamadas, nos pasábamos memes graciosos y hablábamos sobre libros leídos y por leer. Era lindo saber que estábamos juntas y que no solo nos queríamos, sino que odiábamos las mismas cosas y la misma gente nos caía mal.

Mi madre ese día me había preguntado si los chicos también me gustaban. Ella estaba parada en la puerta de mi habitación y me miraba, entre resignada y triste. Le dije que sí, que también me gustaban.

Para mi cumpleaños Clara me mandó un mail. Al igual que una profesora con su alumna, es la única vía de comunicación habilitada entre nosotras. El mensaje decía feliz cumpleaños y que la pase bien. Para rellenarlo y que no quede vacío (no es una suposición, así lo expresó), adjuntó una canción, pero en inglés, así que no la entendí.

Le devolví los libros que tenía de ella, y ella hizo lo mismo conmigo. También le entregué un pullover viejo que no sabía que estaba en mi casa y un par de medias. Solo conservo un libro de poemas que me regaló. Me quedan aún páginas por leer: cuando termine el libro ya no quedará nada.

Separarnos fue como una película que un día sacan de cartelera, por más de que haya sido un éxito. En fin, no funcionó.

Cuando llega mi papá del trabajo podemos soplar las velitas. Va un día a la semana y tocó que coincidiera con mi festejo. Es como recibir un invitado y eso me produce una felicidad triste: estoy contenta por el hecho pero también me apena que mi padre, un hombre al que veo todos los días, sea algo digno de espera. Él sabe con mayor profundidad y desde hace más tiempo lo de Clara; de qué trabaja y dónde vive. Aunque no le haya dicho, sé que sospecha de la separación.

Mi madre aparece con la torta en sus manos y una velita que prende con la llama de la estufa que está contra la pared. Desde que cambiaron el horno viejo por uno eléctrico, en mi casa no hay encendedores ni fósforos. Si necesitamos de ellos nos acordamos que no están porque ahora con el horno nuevo no los necesitamos, y entonces usamos la llama de la estufa o del calefón, o el horno eléctrico. Podríamos comprar unos fósforos igualmente.

Que los cum plas fe liz que los cum plas fe liz que los cum plas E mi
lia que los cum plas fe liz. Un feliz cumpleaños a dos voces. Ambos
aplauden y sonríen. Desde la ventana que está detrás de mis papás
veo a los árboles moverse de un lado a otro y escucho el sonido del
viento que hace que parezca una ciudad con asma. Soplo sin entu-
siasmo; mis deseos son siempre los mismos, empapados de ficción:
ser feliz, que todos estén bien, enamorarme. Mi madre saca fotos
con flash y luego me abraza. Esto es todo, supongo.

LA PÉRDIDA

Silvia prepara todos los días la comida de Ricardo. Le apoya la bandeja en sus piernas: contiene un vaso con agua, dos pastillas blancas y un plato de pechugas de pollo con puré de calabaza. Ricardo dice que no tiene hambre. Silvia le responde que algo tiene que comer. Él mastica sentado frente al televisor y pregunta, una vez más, por el gato. Tiene los ojos llorosos y, por debajo, ojeras pronunciadas, como quien no duerme hace mucho tiempo o como quien, por el contrario, ha dormido demasiado. La barba crecida, blanca, y pelos en la nariz, también blancos. Silvia está a un metro, sentada alrededor de la mesa con la espalda recta. Le responde que ya va a volver, que no se preocupe. Cuando Ricardo termina de comer, ella toma de la mesada las hojas impresas y una cinta. Él cambia de canal con el control remoto y le pregunta qué pasa si no vuelve. Silvia le besa la frente y sale de su casa.

En la puerta habla con sus vecinas. Con ella son tres y están todas a una distancia prudencial, con las manos en la cintura. Les dice que Rojo se fue hace tres días y que Ricardo lo único que hace es preguntar por él. Cada día, dice, está peor. Las vecinas asienten y cuentan su desgracia más cercana. Mi marido está igual, dice una; se la pasa mirando el celular y no me habla. Silvia dice que ya no da más. Mi hijo perdió el trabajo, dice la otra. No sabe qué hacer: no quiere ni levantarse. Silvia afirma con la cabeza, se siente un poco mejor. Se quedan unos segundos sin hablar. Ricardo no era así, dice Silvia. Ustedes se acuerdan. Las mujeres asienten.

Silvia piensa en que quizás Rojo, ya viejo, se fue de la casa para morir. Mira hacia alrededor, esperando encontrarlo. Tiene en la mano

cinta de embalar y hojas impresas con la foto del animal, su número de teléfono escrito y una recompensa de 1000 pesos para quien lo encuentre. Una de sus vecinas dice que qué se le va a hacer. La otra agrega que ya va a mejorar todo. Silvia hace una mueca y levanta los hombros. Se despide y se dirige hacia un árbol. Pega un cartel. Hace lo mismo en la cuadra siguiente. Y en la otra. Y en la otra. Llama a su hijo. Le dice que no, que su papá está bien. Que ella también está bien. Solo que Rojo no aparece. Corta y regresa a la casa.

Al volver, sus vecinas continúan en la misma posición: paradas, su peso inclinado levemente sobre su pierna derecha y la mano, derecha también, en la cintura. ¿Nada? Pregunta una. Silvia niega con la cabeza y abre la puerta de entrada. Prende las luces y ve de lejos a Ricardo, con la bandeja todavía apoyada en sus piernas. Continúa sentado en el sillón. Avanza y Ricardo gira su cabeza y la mira. Volvió, le dice. Silvia lo escucha apenas, mezclado con el sonido de la televisión. Volvió Rojito, insiste, y señala sus piernas. Silvia deja la cinta en la mesa y se acerca a él. Lo mira y se le hace un nudo en la garganta que no le permite hablar. Le sonrío levemente y le acaricia el pelo. Ricardo le señala el televisor. Silvia lee: “Confirman 300 nuevos casos en la Provincia de Buenos Aires”. Ricardo ve la pantalla. Tiene la boca levemente abierta. Niega con la cabeza. Observa a Silvia. Mirá, dice. Pobre gente.

LA FAMILIA DE MI AMIGA

Desde hace dos semanas que estoy con la familia de mi amiga Julieta, que vive con su hermano Matías y sus padres, Cristian y Silvina. Durante mi infancia y parte de la adolescencia fueron una especie de segundo hogar, un lugar al que me acostumbré a habitar como si fuera parte. Con Juli nos conocimos en el club Alemán, un día a los seis años. Su hermano sacó una billetera repleta de billetes de dos, cinco y diez pesos y nos dio a nosotras una parte, para que podamos comprar lo que quisiéramos. Crecimos juntas: nuestros conocidos se referían a ella y a mí como un par, Juli y Magi, Magi y Juli, y muchos incluso se equivocaban al llamar a cada una por separado; nosotras habíamos aprendido a responder por ambos nombres.

Después del club, muchas veces nos íbamos para su casa, en la camioneta que la empresa le daba a Cristián. Tenía en el techo un vidrio corredizo y nosotras, paradas en los asientos, sacábamos las cabezas y nuestras lenguas, que se secaban fácilmente. Nos gustaba también viajar en el baúl, que era amplio y nos permitía entrar a las dos sin dificultad. Ya de más grandes escuchábamos a Sui Géneris y a Fito Paez y discutíamos sobre el aborto como dos adolescentes prematuras. Luego Juli dejó de ir al club, así sin más, y yo dejé de quedarme a dormir con la regularidad de toda una época. A veces, para mí mamá sí estaba en su casa, pero solo para ella.

Ahora, que estoy nuevamente acá, parada frente a la heladera repleta de mermeladas, dulces y fiambres, mientras aprovecho el aire frío que emana pero que es un suspiro comparado con el calor, me doy cuenta de que sigue todo, o mejor dicho *casi* todo, exactamente igual.

Es la primera noche y con Julieta nos quedamos en el patio hasta la madrugada: hace un tiempo que no nos vemos y tenemos que ponernos al día. Afuera, además, es el único lugar en donde corre un poco de aire. Fumamos y hablamos de que Amira, una ex compañera del club, ahora está embarazada y que la última vez que la vimos fue en mi cumpleaños de quince. Entonces recordamos también nuestros vestidos: el mio, multicolor, corto y con tul; el de ella, negro, al cuerpo, por debajo de los muslos, pero sin llegar a las rodillas. Sobrio, dice Juli. Como mi vestido, digo yo, y nos reímos. También hablamos sobre la necesidad de un cambio en las instituciones y de la confianza que mi amiga tiene en el sistema democrático. Ella dice que a pesar de todo considera que en la política es el único lugar donde se definen cosas importantes y que puede cambiar la vida de la gente. Yo le hablo de una novela que leí y me gustó. También jugamos al tutti frutti, comemos cereales, mandarinas y dulce de leche.

En la habitación dejamos preparado un colchón para mí, debajo de su cama, al que tenemos que ponerle las sábanas. Lo hacemos, como podemos, y Julieta me pide con una seña que no haga ruido. Escuchá, dice, y oímos un carraspeo intermitente, brusco, que sale de la habitación de sus padres. No te preocupes, me dice al ver mi cara: en un rato ya se despierta. No había reparado, o me había olvidado, de los ronquidos de su papá, que durante toda nuestra niñez y parte de la adolescencia me impidieron dormir con facilidad en su casa. No sé cómo hace tu mamá, le digo, y me responde que debe estar acostumbrada. Desde nuestra habitación se oye bastante claro, y también se escucha cuando Silvina se levanta al baño. Luego voy yo, me mojo la cara y los hombros para refrescarme. Esa noche me duermo rápidamente.

Mis papás quieren saber cómo va todo. Ellos insistieron en que viniera acá: que son una familia buenísima, que no me quede sola, pero que tampoco invite a gente a mi casa, que me cuide, que yo

ya hablé con Silvina y está esperándote. Dos años después de que terminé el colegio volvieron a Dolores, de donde quizás nunca se tendrían que haber ido. Sé que la mudanza fue en gran parte por mí y por esa idea, abstracta como todas, del futuro y nuestro progreso. Me preguntan cómo la estoy pasando, si me estoy divirtiendo; digo que sí, que me divierto y que estamos bien, solo que con calor, mientras me cae una gota por la sien y el celular en mi oreja ya parece una pequeña estufa portátil. Me mandan saludos para Silvina, para Cristian y para Mati y para Juli. ¿Cómo anda Matías? Debe estar grande, dice mi mamá. Y yo digo que sí, y al mismo tiempo Matías aparece por la cocina, en boxer blanco y sin remera. Me quedo unos segundos en silencio, suspiro largamente, y mi mamá quiere saber si pasa algo. Le digo que no y pregunto si allá también hace tanto calor. Sí, dice ella, y quiere saber si tengo novedades sobre la facultad. Todavía no; tendría que arrancar en dos semanas, digo, pero seguramente se postergue. Luego nos despedimos: chau, chau, chau, hijita, cuidate, no salgan, te queremos, chau, saludos a todos. Corto. Me toco la cara para secarme la transpiración, pero es inútil: tengo también las manos transpiradas. Julieta me llama para ayudar a su mamá con el almuerzo. Silvina cocina, nosotras la miramos, hablamos y comemos lo que empezamos a ver a nuestro alcance.

Cada comida acá tiene todo el aceite que yo utilizo en un mes, pero no digo nada. Voy recordando costumbres de ellos que ya tenía olvidadas: las verduras nadando en oliva y vinagre, las milanesas fritas y los huevos fritos, que me da la sensación de que podrían lograrse con el calor de la casa, sin necesidad de prender la hornalla.

Silvina ahora tiene su pelo blanco y arrugas no solo en la frente sino también por debajo de sus ojos. Ya no utiliza los collares y las pulseras que antes siempre llevaba; Cristian tiene una panza más pronunciada, un peso que recae todo sobre unas ojotas verdes que lleva sobre sus pies. Matías tiene su pecho marcado por el gimnasio y ya no discute con ellos con la voluntad o la firmeza de antes.

Después de comer con Julieta lavamos los platos y dejamos la mesada mojada, al igual que nuestras remeras, que lucen como si hubiéramos caminado un largo rato debajo de una lluvia intermitente. Cuando hace mucho calor, Julieta prefiere quedarse en corpiño. Se saca la remera y me sugiere que haga lo mismo. Pienso que no traje demasiada ropa y que tampoco sé cuánto tiempo me voy a quedar. Me la saco; ella se dirige al lavadero y pone ambas prendas en el canasto de la ropa sucia.

Mi corpiño es viejo, blanco y de tela: se me marcan los pezones y trato de ocultarlo disimuladamente con mis brazos cruzados. Camino marcando mis pies, como si estuviera encaprichada por algo. Veo que entra Silvina en el baño, y veo que también está sin remera. Julieta me mira, mis brazos que aún permanecen sobre mi torso, y me pregunta si quiero ponerme algo. Dudo unos instantes, pero finalmente niego.

Es de noche: miramos, todos juntos, el programa de Guido Kaczka. Un hombre gana un taxi cero kilómetro. Silvina se emociona. Continúa en corpiño. Por algún motivo que no llego a comprender, ya me acostumbré. Tampoco me escandaliza que Matías y también Cristian estén en el calzoncillos. Aplauden al televisor, conmovidos. El hombre llora, y Silvina también. Me acuerdo de una escena similar, pero muchos años atrás, en mi casa con mis papás. Una mujer había ganado 1 millón de pesos en el programa de Susana Giménez. Se escuchaba la voz de ella, entrecortada, mezclada con el llanto y las gracias. Mi madre lloraba también con la señora. Hace algún tiempo Julieta me contó que en esa época Susana Gimenez había comprado una especie de seguro en la empresa de Cristian y que, en el caso de que hubiera un ganador en el programa, el premio lo tenía que pagar la compañía. Un colega suyo y un escribano armaban todos los días el tablero que contenía la **su** la **sa** y la **na**. Por contrato de la empresa, en el programa no podían participar parientes directos de ninguno

de los empleados, pero si a la madre de Cristian la llamaban a la hora de la cena siempre respondía, por las dudas, con un hola Susana.

Nos acostamos con Julieta nuevamente en su habitación. Escucho los ronquidos de Cristian y lo imagino sin remera y con los calzoncillos azules que tenía puestos. Imagino también a Silvina, sin remera pero con bombacha. Trato de hacer memoria, y pienso si antes, cuando solía quedarme de chica, los había visto alguna vez así. Cierro los ojos y los veo con los cuerpos de ahora y ropa interior de colores fluor. Después los pienso desnudos totalmente, con pelos, negros y en cantidad, y esa imagen se queda un rato conmigo. Trato de olvidarla, de pensarlos en el club, mientras nos veían jugar, charlando con los otros padres, con mis padres. Luego, vuelven a aparecer: desnudos, con pelos. No consigo dormirme, voy hacia el baño y me mojo la frente, la nuca y la cara con agua fría. Al volver a la pieza, miro de reojo la habitación de Cristian y Silvina: está la puerta apenas abierta y se dejan ver, por la luz del pasillo, sus cuerpos en la cama. Un carraspeo brusco, intermitente. El agua de la cara empieza a caerme por el cuello. Entro a nuestro cuarto. Finalmente, me duermo.

Hace diez días que estoy con ellos y nadie sale, excepto Cristian, que fue una vez al supermercado e hizo una gran compra para proveernos de todo por un tiempo largo. En el lavadero las alacenas están repletas, pero el lavarropas apenas lo utilizan, quizás una vez a la semana, cuando reúnen la ropa suficiente. Con lo que traje todavía estoy bien: pienso en volver a mi casa solo para quedarme definitivamente allá, pero no todavía. Mis padres, al hablar conmigo por teléfono, insisten en que no me quede sola en este momento y en que aproveche, que ellos son una familia buenísima.

A pesar de que estamos en marzo y los meses de mayor calor ya

pasaron, la temperatura no baja de los 30 grados. Las pilas de ropa se amontonan en las sillas: en la de nuestra habitación, en la de los padres y en la de Matías, que está en la parte de arriba de la casa, y a donde subimos cuando es de madrugada y con Julieta queremos porro pero no tenemos nada. Él abre su latita y nos da a nosotras una parte, para que podamos fumar lo que queramos.

Los demás días Julieta anda por la casa en bombacha, pero ya no usa corpiño. Sus tetas son chicas, en su justa medida. Su pezón, pequeño y rosado, igual a como lo recordaba. Yo mantengo todavía la ropa interior, como Matías y como Cristian. En definitiva es como estar en malla. Silvina no usa nada, y luce similar a como la había imaginado. Una gran cantidad de pelos negros y enrulados hace que el desnudo parezca menor. Sus tetas son lo contrario a las de Julieta: grandes, caídas, feas. La observo, parada frente al televisor, mandándose aire con un abanico negro y blanco, y miro hacia el aire acondicionado que está apagado. No anda, me responde. Yo asiento, sin bajar la vista, y Silvina me dice que es por la menopausia también, que a veces siente que se va a descomponer. Claro, digo, y pienso que siento lo mismo, pero sin la menopausia.

Voy hacia la habitación para buscar unos cuentos que dejé en la mochila. Al abrirla, el libro está, pero la ropa que traje ya no. Julieta entra en el cuarto: está desnuda. Completamente. No es la primera vez que la veo así, pero sí luce distinta a esas veces. De los pies a su cabeza, ni un pelo a la vista. Le pregunto si vió mis remeras, mis bombachas, pero ella niega, dice que no. Me dirijo hacia el lavadero, para buscar entre la ropa sucia, o entre la ropa limpia, si se encuentran mis cosas. No hay nada, solo alrededor las alacenas que continúan repletas: nada adentro del canasto, y tampoco adentro del lavarropas. Me doy vuelta, y Silvina me pregunta si necesito algo. Aparecen también Cristian, Matias y Julieta. Todos desnudos. Completamente. Sonríen los cuatro. Silvina vuelve a preguntarme

si necesito algo. Me mira de arriba a abajo, pero lo hace con cariño o ternura. Digo que no y llevo mis manos hacia atrás y con mis dedos intento desabrochar el gancho del corpiño. Julieta se acerca, se pone detrás de mí. Corre con su mano el pelo que cae en mi espalda. Sonrío mientras ella me lo saca: al hacerlo siento sus dedos fríos en contraste con mi espina dorsal. Le entrega mi corpiño a su mamá. Luego me quito la bombacha, la bajo primero hasta mis rodillas, me detengo a mirar cómo luce, enroscada, y saco la pierna derecha y también la pierna izquierda. Permanezco algunos segundos con la bombacha en mis manos. Luego se la entrego a Silvina, que la toma, me da un beso en la frente y agradece. La veo irse, de espaldas, sus cachetes más blancos que el resto del cuerpo, se marcan pozos ante cada paso, avanza, sus cachetes se mueven en el lugar, como si quisieran huir, pero no pudieran.

DOMÉSTICO

Napoleón se relame, choca contra la puerta y llora. La perra está alzada y vieja pero despierta el instinto de un perro que día tras día intentamos domesticar. Nada de sexo hasta que nosotros lo decidamos, si es que lo decidimos, y mucho menos con Mora que es como tu hermana.

El perro corre por el patio de un lado a otro. Tira una silla de plástico que encuentra en el camino: está desesperado. Todos alguna vez lo estamos o estaremos, no te preocupes, le digo, pero no entiende o no escucha; tiene la mitad de la pija afuera, los ojos exaltados y la boca abierta de agitación.

La perra, adentro, no se entera, o si se entera lo disimula, por más vieja y más humana.

¿Deberíamos castrarlo?, pregunto a ambos. ¿Averiguaron cuánto está cobrando Juan? Mi mamá dice que le pregunte a mi papá. Él, que le pregunte a ella. Están a sólo dos metros de distancia. En el medio, un vacío legal. Desde la cocina llega olor a sopa y verduras, pero aún falta para cenar; ni siquiera oscureció. El cielo está nublado, como a punto de llover.

Alguno de los dos dice: no sé si estarán haciendo castraciones en este momento. Habría que llamar. Alguno de los dos responde: ya se le va a pasar. Los tres nos quedamos en silencio: solo se oye al perro llorar. Podríamos llevarlo a la cochera para evitar que se moje. De todos modos, hace tiempo que las tormentas no duran demasiado.

Dos meses atrás mi mamá se enteró que mi papá la engañó. Fue hace tres años, en las únicas vacaciones que hizo sin nosotras pero con sus compañeros del trabajo. Ella solía decir en las reuniones familiares: yo por él pongo las manos en el fuego. Y todos agregaban que Mariano era un santo. Hace tres años, mi padre tenía un aspecto diferente: bronceado, flaco, probablemente con más pelo. Como un bebé, su cuerpo se ha vuelto extremadamente vulnerable al paso del tiempo. Yo no estoy igual tampoco, es cierto. Pero si me encontrara alguien a quien no veo desde hace tiempo, su primera reacción sería de sorpresa. Si alguien en las mismas circunstancias se encontrara a mi padre, solo podría pensar: ¿es?

No es extraño ni original lo que le sucedió: de la cintura para abajo conserva las piernas musculosas y firmes, pero de la cintura para arriba su panza cilíndrica pareciera pertenecer a otro cuerpo y estar ambas partes unidas, pero por accidente.

Mi madre mantiene su aspecto, principalmente gracias a la tintura que utiliza desde hace más de veinte años y que es la marca de una época: generación rubio platinado. Además, las numerosas dietas y sus alternancias le han permitido mantener una figura estable. Esta es la razón, creo, por la que le duele haber sido engañada.

Desde hace dos meses, ella con él es como una secretaria con un paciente: sonrisas falsas y monosílabos. Su relación, un trámite.

Cualquiera podría pensar que si sucedió una vez también debería haber pasado más veces, antes y después, solo que oculto. Esta vez, mi mamá se enteró sin querer. Había tenido la idea de ir de vacaciones de verano al mismo lugar que había visitado mi papá con sus compañeros de trabajo. En esa oportunidad, él había hecho las reservas por mail: pensó que si ponía en el buscador Pinamar le saldría la información del lugar. Todos ansiábamos ir de vacaciones a algún lado, cualquiera fuera, y en la semana el gobierno lo había habilitado. Estar en nuestra casa, tan pequeña, lo volvía todo más difícil: la intimidad era solo un concepto. En el buscador apareció el

lugar de cabañas al que habían ido, pero también el mail de una mujer que decía que le había encantado conocerlo, que ojalá pudieran verse alguna vez más, y no sé qué otras cosas. Mi mamá interrogó a mi papá y yo escuché todo desde la habitación de al lado, pensando si tenía sentido revolver algo sucedido hacía tiempo y en otra localidad. Mi madre lloró, mi padre la consoló y decidieron que fuera algo que quedara en casa: el problema es que nosotros también nos quedaríamos acá.

Desde mi lugar, siempre voy a preferir el enojo o la violencia explícita antes que el falso desinterés. Este último es menos reprochable, y por eso mi mamá lo utiliza. Si gritara o se comportara de forma verdaderamente cruel probablemente se sentiría mejor. Ella elige manejarse con frialdad y mi padre lo acepta como destino. Si yo fuera mi madre le haría saber a él que ahora, con su deterioro físico, no correría la misma suerte con esa mujer; le diría que no es necesario irse lejos para probar otras cosas. Pero no, ni ella ni él son así. Ellos cambian la mesa de madera que está debajo del televisor por otra mesa, que cumple la misma función, y pintan las paredes de un tono más claro que el precedente: esa es su forma de renovarse.

Oscurece y mi mamá enciende la hornalla para calentar la sopa que está hecha desde hace un rato. Dice que cuanto más tiempo quede en la olla antes de servirse, mejor sabor toma. Todos tenemos un plato hondo con sopa de verduras y fideos minución. Para cenar siempre hace cosas livianas.

Pienso que en las vacaciones podríamos irnos a otro lugar, más al norte, o quizás al sur, pero no me animo a decirlo todavía: sé que cuando llegue el verano todos lo habremos olvidado.

La perra, vieja y cansada, se sienta en una silla con nosotros mientras comemos.

Continúa indiferente ante los quejidos del otro perro. Apoya su cabeza en la mesa, pero nunca nos pide nada; simplemente espera que llegue su momento.

En el patio, el perro continúa su show del llanto. Sigue las huellas de Mora con su hocico mojado: llovió, pero fueron apenas unos minutos.

Perro desagradecido, le dice mi mamá, que deja su lugar en la mesa y se acerca a la puerta para calmarlo. Basta, Napoleón. Lo sacamos de la calle y mirá cómo nos paga, le dice a mi papá. Golpea el vidrio tres veces para que el perro se asuste y se calle. Lo logra solo un instante. Inmediatamente Napoleón vuelve a llorar. Basta, grita nuevamente. Bas-ta. El perro ya no llora ni ladra. Mi mamá lo mira unos segundos y suspira, aliviada. Luego el perro vuelve a ladrar. Mi madre lo observa, y ya no dice nada.

LA NIÑA/LA MADRE

La niña juega con la madre. La agarra de la rodilla, que es todo lo que su altura le permite, y le dice soy el virus, soy el virus. Luego empieza a correr por toda la casa. La madre le dice que tenga cuidado. Piensa en la posibilidad de que su hija se lastime y tengan que llevarla a un hospital. Por fin, ya un poco harta, le grita: quedate quieta. La niña se queda paralizada en el lugar, obedece; la madre se acerca y le da un abrazo. El padre sale del baño y pregunta qué pasa. Agarra a su hija y la levanta por los aires. Tenela un rato, le dice la madre. Ella enciende su computadora y contesta mails atrasados. Dos alumnos le preguntan cuándo será el recuperatorio. El director del colegio le pide que para el martes treinta las notas estén entregadas. Se pregunta qué día es. Escucha la risa de su hija y la ve desde el costado en el aire. Al minuto, la niña dice que tiene sed. Toma un vaso de agua y lo vuelca sin querer en el piso de madera. Lleva la mano a su boca, lo mira al padre, y se ríe. Me da envidia, le dice la madre a su marido, pero él no entiende. Lo poco que le duran los problemas, agrega ella. El padre le pide un trapo a la madre. Ella lo busca en la cocina y lo pasa por el piso. Lo escurre en la pileta y salpica los platos acumulados. Siente que alguien tira de su pantalón: es la niña. En su mano libre tiene un dibujo en el que los tres están retratados. En la hoja, su hija está en el medio, agarrada de la mano de ella y de su marido. Ambos son altos, tan altos que sus cabezas se mezclan con las nubes también dibujadas. Hay un sol con sonrisa y anteojos negros. La madre tiene el dibujo en su mano: los ojos se le llenan de lágrimas. La niña, preocupada, pregunta: ¿no te gustó? El padre se acerca y mira el dibujo. Wooow, está buenísimo, le dice a su hija. La niña sonríe y empieza a correr por toda la casa. La madre le dice que tenga cuidado. Piensa en la posibilidad de que su hija se lastime y tengan

que llevarla a un hospital. Quiere gritarle, pero no lo hace y se dirige al baño: abre la canilla para llenar la bañera, pone el tapón y se queda frente al espejo; mezclado con el sonido del agua que cae escucha a una niña y a un hombre que emite sonidos incomprensibles pero que a la criatura la hacen reír. Mira su reflejo y abre la boca exageradamente, como si estuviera en el dentista. La cierra y su mandíbula cruje. Sigue haciéndolo. Luego se saca la remera y mira sus brazos frente al espejo, los levanta y se entretiene moviendo la carne que le sobra por debajo del bicep. Lleva para atrás la grasa y se fija cómo luciría si no estuviera. Se saca el corpiño y también el pantalón. Deja la ropa en el piso y forma una montañita involuntaria. Se mira y su imagen se vuelve borrosa. Pasa la mano por el espejo para quitar el vapor pero es inútil: la claridad le dura muy poco.

La bañera está medio llena. Ella acerca su mano para sentir la temperatura. Se saca la bombacha y se sumerge en el agua. Imagina, por un momento, que la niña pierde la voz. Que se despierta una mañana, en la habitación con ellos, y que ya no puede emitir ningún sonido. Los médicos dicen: es un caso en un millón, y no hay cura. La madre y el padre se miran y se dan un abrazo. La madre, en la bañera, esboza una pequeña sonrisa. Cierra la canilla y toma el jabón: lo pasa por sus brazos y sus axilas primero, después por las tetas, por la panza y por las piernas. El agua llega hasta su cuello. Cierra los ojos. La niña muere. Están las dos por cruzar la calle y esperan mientras los autos pasan de un lado y del otro. La madre sostiene fuertemente la mano de la niña, pero luego, sin pensarlo demasiado, la suelta. Vestida toda de negro, incluso sus anteojos y sus zapatos, recibe las condolencias de sus amigos y de sus familiares. La madre niega con la cabeza. Luego abre los ojos y ve tres shampoos amontonados en el rincón. Toma uno: está vacío. Lo deja en el mismo lugar. Al instante escucha, a lo lejos, que alguien grita, sin pausa. Reconoce la voz. Se queda inmóvil durante unos

segundos. Tocan la puerta, fuerte, varias veces y, sin esperar alguna respuesta, la abren. Su marido está con su hija a upa, que llora sin dejar lugar siquiera para poder respirar. Él no dice nada. La niña tiene una pequeña abertura en la frente, de donde cae un hilito de sangre. La madre sale rápidamente de la bañera y se abalanza sobre la niña. La abraza, la llena de agua, y su hija llora más; la acústica del baño hace que sea un llanto casi perfecto. Se golpeó con la punta de la mesa, dice él, finalmente; fue un segundo. La madre no lo escucha. Mira con atención la frente de su hija y observa qué tan profunda es la herida. Luego expulsa un largo suspiro. La niña se va calmando poco a poco, y el llanto se transforma en espasmos. La niña tiene la cara llena de mocos y el cuerpo mojado por su madre que la mira, que la abraza y que no la suelta.

LA VISITA

Fumo en el balcón de mi departamento, el séptimo b, y tomo un poco de sol. 15 minutos al día porque escuché que un doctor en el noticiero dijo que hace bien. Mi hermana aparece por detrás, me intenta asustar pero no lo logra. Qué hacés, me dice. Fumo y tomo sol, respondo. Deberías tomar vos también, escuché que es bueno para la salud. Casi tanto como no fumar, me dice Juana que aprovecha para recordarme que este año había dicho que lo dejaba. Me pongo seria: este no es el año para dejar nada. Por eso tampoco dejé a Julián; no hay que tomar decisiones importantes en cuarentena... ¿Y eso dónde lo escuchaste?

Voy hacia la reja del balcón con el cigarrillo en la mano y asomo mi cabeza y gran parte del cuerpo. Juana me grita: pará, no te tires. Me doy vuelta y le digo que se asome ella también, que vi algo raro. ¿eso es un animal?, pregunto y señalo hacia abajo. Juana me imita y se apoya contra el fierro frío de la reja. Se tapa la frente con la mano para que no la moleste el sol y pueda ver bien. Nota algo, no identificamos qué: es de color claro y camina en cuatro patas. Tiene una gran cabeza y mucho pelo. Juana me cuenta que vio que en Mar del Plata los lobos marinos habían salido a la calle casi vacía y que en Madrid habían visto hasta ciervos. Quizás tiene algo que ver con eso, dice. ¿Te das cuenta?, le respondo. El virus somos los humanos... Juana se ríe y finge enojarse: te estoy hablando en serio, tarada. Entonces bajemos, propongo. Juana asiente, y me dice: ¿pero vos vas a ir así? Me mira de arriba abajo mientras me señala con el dedo. No te sacas el pijama desde hace quince días, agrega. Digo que no importa, y observo su rostro: tiene sus ojos delineados y rimmel en las pestañas.

Mientras me dirijo a la puerta y tomo a mi hermana del brazo, digo: yo voy primera, vos andá, por las dudas, dos metros atrás.

Ya en el hall del edificio me pongo por delante de ella, abro la puerta y la sostengo. Miro a Juana que está parada en el centro y no avanza. ¿Qué te pasa?, pregunto. No puedo creer, dice. Se queda callada y la miro, esperando que continúe. No puedo creer que todavía uses el buzo de egresados.

Las dos, ya en la calle, empezamos a caminar. Acelero el paso y Juana me sigue, pero a menos de dos metros de distancia. Estoy lo suficientemente cerca para darme cuenta que lo que avanza es una persona que camina en cuatro patas: tiene un mameluco de polar amarillo clarito y una peluca enrulada como de bailarín de disco. Me doy vuelta, sorprendida. Miro si hay alguien alrededor y como no veo nada, me acerco y le susurro a Juana en el oído: es un hombre perro. O mujer perro, no le vi la cara. Juana entonces mira con detenimiento y lo comprueba. La persona continúa avanzando en cuatro patas y de atrás vemos cómo su cola y sus pelos se mueven al caminar. Qué raza será, le susurro a Juana, que se ríe pero me dice que ya está, que ahora hay que volver, y que una pena que no fuera un león o algo más exótico. Capaz no es de raza y es callejero, me respondo y le digo que ahora no voy a volver, que quiero saber a dónde va o al menos cómo se llama. Ella me mira seria y me pide las llaves del departamento. Suspiro, y le aviso que le toco timbre. La veo alejarse; primero camina lento, luego acelera el paso y yo vuelvo la mirada hacia adelante: no quiero perderlo de vista.

Me mantengo a distancia para que no sospeche que lo estoy siguiendo, pero es evidente. Entonces el hombre perro se da vuelta: alcanzo a ver que tiene la cara casi pálida y los ojos oscuros. Vuelve a mirar hacia adelante y avanza. Desde la vereda de enfrente, una pareja de unos treinta años nos mira y señala; otro hombre, más atrás,

camina con la vista puesta en el asfalto. El resto de la calle está vacía. Lo acompaño, por detrás, y pienso la cantidad de veces en la que la situación se dio al revés: yo caminando, un perro acompañándome. Pero no, me digo, esto no es un perro. Hacemos cuatro cuadras más, debajo del sol, en las que cada tanto se da vuelta para ver si sigo con él. En la esquina de Cerruti, el hombre perro dobla y yo también. Se para en un solo movimiento y me sonrío: tiene los dientes manchados y torcidos y acné de adolescente, aunque no lo sea. Es alto y flaco. No emite ningún sonido. Busca las llaves de su casa en el bolsillo y abre una puerta blanca y vieja. Entra y mira hacia atrás. Me quedo quieta en la entrada unos segundos; la única luz que hay es la de la calle. Él vuelve a ponerse en cuatro patas y avanza en su casa como una gran sombra en el piso. Retrocedo y me voy; Juana me debe estar esperando.

Toco timbre y mi hermana me abre desde el portero eléctrico. Subo los siete pisos por la escalera y llego agitada. Voy a buscar algo para tomar. Juana me mira y me pregunta qué pasó al final y por qué estoy así. Le digo que nada, que me cansé de seguirlo y volví. Estoy así porque subí por las escaleras. ¿Vos qué hiciste?, pregunto. Nada, responde, tomé sol. Dicen que hace bien.

Al día siguiente le digo a Juana que voy a comprar cosas; ella está sentada frente a la computadora en una clase de historia, por zoom. Camino por Mitre y doblo en Cerruti. La puerta de su casa está cerrada y sigo avanzando hasta llegar a la otra esquina. Cruzo y vuelvo, lento, por la vereda de enfrente. En la calle veo a un hombre, de unos cincuenta años, paseando a su perro salchicha. Me quedo mirándolos hasta que noto que el hombre se incomoda; al perro le da igual.

¿Qué compraste?, me pregunta Juana. Titubeo unos segundos y luego digo que el supermercado estaba cerrado. Voy a mi habitación. Chateo con Julián; hablamos del clima, de su gato con parásitos y de que en el trabajo le van a pagar internet por el tiempo que lo usa en su casa. Le digo si no querrán pagármelo a mí también. Pone jaja y la carita de risa que tiene lágrimas. No respondo, y cierro la conversación. Abro el buscador y googleo Hombre perro. Lo primero que aparecen son imágenes de un dálmata, de un metro setenta de altura y 80 kilos. Al lado de él, su mujer, con la cara seria, el pelo recogido y las manos entrelazadas. Pero a ella, dice, no le molesta: incluso juegan juntos.

Durante los demás días miro por el balcón cada 15 minutos. Fumo más de lo habitual. Un día, por fin, vuelve a pasar. Bajo apurada y lo sigo. Primero me quedo a un metro, luego camino un poco más y avanzo a su lado. Llegamos a su casa; la escena se repite: se levanta, agarra las llaves y abre. Entra y me mira, vuelve a ponerse en cuatro patas. Avanzo y prendo las luces. Camino y siento que piso unas hojas: son diarios. Luego veo que se dirige hacia un rincón del living. Escucho el sonido del agua, la boca y la lengua: está tomando agua de un pote. Me pregunto si él mismo se lo habrá puesto. Avanzo despacio y sigo pisando hojas de diario; algunas tienen manchas de pis. Hay olor a encierro y basura. Sigo mirando el piso, dos noticias me llaman la atención. La primera: veinte mujeres se reúnen para festejar un babyshower y rompen la cuarentena y la segunda noticia, a unos metros, que dice: hombre se disfraza de perro para violar la cuarentena obligatoria. Hay una foto en la que está él, en cuatro patas y sacada sin que se de cuenta. Me acerco al rincón donde había estado tomando agua y lo veo acostado en el piso, en posición fetal. Tiene los ojos cerrados y la boca, los cachetes y la pera, mojadas. Voy a la cocina y abro las alacenas: solo hay cereales de chocolate. En la bacha hay un trapo amarillo, lo agarro y empiezo a limpiar. Abro la ventana. Vuelvo al living para juntar todos los diarios del

piso. Se despierta y me dice que no. Que los deje ahí. Le digo que esas noticias ya son viejas. Se ríe. ¿Sabías que hay un hombre en Reino Unido que se cree dálmata?, pregunto. Tom Peters se llama. Pero le gusta que le digan Spot. Qué loco de mierda, me responde. Yo me río y me quedo parada a su lado. Aunque sepa la respuesta, le pregunto si vive solo. Él dice que sí, que ahora sí. ¿Por qué solo hay cereales de chocolate? Te vas a morir de hambre si comés solo eso. Utilizo el mismo tono que usan mi madre o mi abuela cuando se preocupan, o fingen preocuparse; entonces continuo, sin esperar su respuesta. ¿Antes con quién vivías?...digo, si ahora vivís solo... Vivía con mi mamá, dice él, con el sonido de su voz cada vez más bajo. Me quedo unos segundos en silencio, esperando a ver si dice algo más. Lo miro: no distingo si duerme o si solo está echado. Imagino sus rodillas, lastimadas, con marcas. En la casa hay un silencio abrumador, como si estuviera muy alejada de la calle o como si en ese living, y en toda la ciudad, no existieran nadie más que él y yo. Miro el piso nuevamente. Me acuesto a su lado.

EL REGRESO

Llega mi papá del supermercado y nos dice que encontró algo. Baja la vista y deja las bolsas en la mesada; mi mamá empieza a rociarlas con alcohol. Lo miro, invitándolo a seguir la oración. Encontré un documento, dice finalmente, y me lo entrega.

Ramiro Gutiérrez. Tiene el pelo excesivamente enrulado, castaño, la nariz pequeña y los labios gruesos: inmediatamente me doy cuenta del parecido. Mi mamá se asoma por encima de mi hombro, dudo en mostrárselo, y observo a mi papá. Ella insiste y se lo doy. Presto atención a su reacción, pero al verla su rostro no dice nada; hace meses que en mi mamá solo veo cansancio. Nos dice a ambos, como en un orden pero sin demasiada convicción: tienen que devolverlo.

Con mi papá decidimos buscarlo en Facebook para avisarle de la pérdida. Hay cinco Ramiro Gutiérrez que podrían llegar a ser él y nos encargamos de hablarle a uno por uno. Copiamos y pegamos un mensaje que dice que encontramos un documento con su nombre y apellido en colegiales; que queremos devolverlo, si es que es el suyo; que nos avise y que gracias. De los cinco contactados responden tres, pero ninguno es el que estamos buscando. Mi papá deja el DNI sobre la mesa y tratamos de olvidar el asunto: es solo un documento perdido.

El martes recibo un mensaje. Le toco el hombro a mi papá, que está sentado frente al escritorio con su computadora. Me respondió, le digo, dice que es de él y pregunta cómo hacer para buscarlo. Le muestro mi celular y él me lo saca de las manos. Se pone a ver las

fotos del perfil e intenta hacer zoom sobre su rostro moviendo los dedos índice y pulgar en la pantalla. Sé qué está buscando el lunar. Continúa tratando de agrandar la foto; no lo logra. Vemos que Ramiro se fue a la costa con sus amigos y vemos también fotos con una chica, de pelo largo y rubio, que lo toma de la cintura mientras ambos sonríen. Mi papá me devuelve el celular. ¿Qué le respondo? Él duda un instante, pero finalmente me dice: que venga, que lo busqué acá en casa.

Los días pasan: papá trabaja con su notebook; su espalda siempre encorvada, temo que se vuelva más pequeño, como su padre, pero treinta años antes.

Se levanta, busca algo en la cocina, se sienta y se para nuevamente.

Mamá usa el teléfono y ve un programa de repostería; anota los ingredientes en las notas del celular, pero después no las encuentra. Me pide que se las busque y cocina las recetas especialmente para nosotros dos: es su manera de decir que nos quiere, la misma forma que tiene también mi abuela.

Hace unas horas escuché que él le avisó que probablemente viniera el chico del documento. Ella se quedó unos segundos pensando de quién hablaba; después, simplemente asintió.

Cada vez que suena el timbre papá y yo detenemos lo que estamos haciendo y nos quedamos un instante en el lugar: es nuestra ceremonia involuntaria. Luego nos encontramos en la puerta, fingimos que estamos de casualidad los dos por abrir y nos fijamos quién es. Hasta el domingo nos llevamos solo desilusiones: primero, el vecino de enfrente; después, el sodero; también una entrega de mercado libre.

El lunes al mediodía tocan el timbre. Abrimos la puerta y notamos que es él, aunque esté detrás de la reja y lleve puesto un barbijo que deja visibles solamente sus ojos y el pelo enrulado. Pero incluso con menos lo habríamos reconocido. Soy Ramiro, dice. Nos acercamos y abrimos la puerta de rejas. Mi papá lo saluda, le toca el hombro y deja apoyada su mano unos segundos mientras lo mira; dejé el documento adentro, dice. Vení, pasá. Ramiro responde que puede esperar afuera, que no hay problema.

Es más alto de lo que esperaba, pero su mirada es la misma que en la foto; sus rulos, también. Posa su vista en mis tetas, con el disimulo imposible que intentan algunos hombres al observar a las mujeres. Lo miro unos segundos, para que sus ojos vuelvan al frente. Mi papá se dirige a la puerta de entrada y nos llama: vengan, vengan, entren que hace frío. Avanzo y Ramiro, por detrás, me sigue.

El documento está en la mesa, adentro de un bowl que tiene dos manzanas, una naranja y una banana casi negra. Mi papá lo toma, sonrío y amaga a dárselo. Él se queda con la mano extendida en el aire; su boca continúa tapada, pero intuyo que no sonrío. Aparece mi mamá y con mi papá nos miramos por unos segundos; no decimos nada. Finalmente él le aclara: es Ramiro, el chico del documento, ¿te acordás? Ella se queda en el lugar y lo observa fijamente. Se acerca, nos mira a nosotros, luego a Ramiro. Se presenta, le da la mano y lo toma, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete segundos. Ramiro posa su mirada en mí, la mano de ella todavía sosteniéndolo.

Le sonrío y él baja la vista nuevamente hacia mis tetas. Esta vez, lo dejo.

Mamá le ofrece quedarse a comer y papá apoya la idea. Es que la comida ya está lista, dice ella. Quedate, le digo, y miro sus ojos, marrones y grandes. Él duda un instante, pero finalmente accede.

Sentados, Ramiro explica que debe haber perdido el documento al volver del trabajo que está cerca de ahí. Dice que trabaja en la pizzería Hells y nos pregunta si la conocemos. Come de a pedazos grandes y no mastica demasiado; parece esa clase de gente que se hace amigo de todos, sin importar dónde; que conversa en la fila del supermercado o cuando carga nafta en el auto. Tiene sus labios descubiertos y son incluso más carnosos que en las fotos que vimos en su Facebook. Mastica, traga y pasa la lengua por su boca, apenas brillante. Está sentado enfrente de mí y al lado de mi mamá, que le pregunta si también estudia, que lo mira, que tiene todavía su plato tal cual lo dejó al servir.

Mamá continúa obsevándolo, como si no pudiera hacer otra cosa. Se detiene sobre su rostro y él se incomoda. Ella pregunta si alguna vez tuvo un lunar debajo del ojo. Ramiro niega y pregunta por qué. Por nada, por nada, le responde. Mi papá también tiene la mirada fija en él, pero como está enfrentado, o casi, porque mi papá se sienta al lado mío, es menos intimidante. Mi madre le pregunta si tiene novia. Ramiro dice que es complicado, y mis padres se ríen; le festejan como a un niño. Ramiro y yo nos miramos. Papá dice que si es complicado es una buena señal. Dice que cuando conoció a mamá ella salía con un compañero suyo. Siempre cuenta lo mismo: él, enamorado de ella; ella, indiferente, de novia con otro, pero no enamorada.

Al terminar de comer, Ramiro levanta su plato para alcanzárselo a mamá. Los tres nos miramos y ella le dice que no no y no, mientras mueve su cara y su mano reforzando la negación. Quedate sentado, le ordena. Yo le alcanzo mi plato a ella, y también el de él. Ramiro se para: nos dice que ya se tiene que ir, y que gracias por la comida. Mamá lo mira, seria, y se va hacia la cocina. Papá le dice, con tono suplicante, que se quede un rato más. Le toca el hombro, le dice

que quizás veamos una película, que todavía es temprano. ¿Tenés algo que hacer? Él observa la pantalla de su celular, levanta la cabeza y nos dice que no, que hoy tiene franco. Me mira, y yo también le digo que se quede, que podemos verla en el sillón. Avanzo y él se queda parado; me doy vuelta y los veo a ambos. Papá dice que en el freezer hay helado; Ramiro sonrío. Tendrían que haber empezado por ahí, dice, y guarda el teléfono en el bolsillo.

Mamá vuelve de la cocina con las manos todavía mojadas; papá le dice que Ramiro se va a quedar un rato más y que vamos a ver algo en la tele; ella sonrío, se acerca y le da un beso. Noto que los dos están mirándonos, a Ramiro y a mí que estamos sentados esperando. Me pregunta si siempre son tan amables con todos sus invitados, o si él particularmente les gustó, y se ríe. Le hago un gesto para que baje la voz, y le digo que siempre, que cada vez que encontramos un documento hacemos lo mismo: no te sientas especial, agrego, y ambos nos reímos.

Ellos se acercan y se ubican con nosotros; nuestras caderas se rozan para poder entrar: el sillón nos queda chico. Ramiro toca el costado de mi pierna con sus dedos. Miro su perfil un segundo y vuelvo la vista al frente. Mis padres tienen sus manos entrelazadas, se ríen, como si viéramos una gran comedia y no simplemente “El arte de amar”, una película que eligieron ellos, incapaces de descifrar qué puede haber detrás de ese nombre, pero sorprendidos al terminar de verla: pensamos que iba a estar buena, dicen ambos.

Ramiro nos dice que ahora sí, que se tiene que ir, pero que antes quiere pasar al baño. Mi madre lo acompaña hasta la puerta. Luego voy yo y espero que salga. Cuando quiero pasar, él busca salir por el costado por el que intento entrar y nos chocamos; entonces los dos cambiamos la dirección y volvemos a quedar enfrentados, incapaces de poder avanzar. Sonreímos y le digo: vos quedate quieto,

yo avanzo. Lo conseguimos, entro al baño y cuando estoy cerrando la puerta, él la detiene. Acerca su cara al espacio que queda entre la puerta y el marco y me pregunta si lo voy a ir a despedir. Respondo que sí, que me espere, pero que me lo está impidiendo. Sonrío y espero que se corra; cierro la puerta, con cuidado, por si vuelve a apoyar su mano.

Escucho los pasos de Ramiro y que se encuentra con mis papás. Cuando salgo están todavía despidiéndose. Papá tiene el documento en la mano, y amaga nuevamente con no dárselo. Ramiro me mira a lo lejos, parada en la puerta, y le sonrío. Me acerco, dudo cómo saludarlo, pero finalmente le doy un beso en la mejilla. Luego mi papá le da el documento y un abrazo con tres palmadas, fuertes, y lo mira - lo contempla- mientras sonrío. Mi mamá lo abraza y cierra los ojos. Ramiro se queda quieto, los brazos pegados al cuerpo. Los miro fijo; siento algo en la boca del estómago, pero no es dolor. Él ya tiene puesto su barbijo y es, ante todo, una montaña de rulos. Podés volver cuando quieras, le dice mi papá. Y mi mamá insiste en que sí. Él asiente y se va: mis papás lo ven alejarse; están tomados de las manos. Al entrar, ambos todavía sonrén.

Mamá hace costillitas de cerdo con batatas, condimentadas con romero, eneldo, ajo y perejil, y papá y yo probamos. Cerramos los ojos mientras masticamos, para que ella se de cuenta lo mucho que nos gusta. Mientras comemos, mamá dice: creo que a Ramiro esto le gustaría. Papá asiente y sonrío: tiene una hojita verde en su colmillo. Ella se acerca para sacársela y se ríe porque le cuesta agarrarla, está incrustada entre dos dientes. Se sienta, dándose por perdida, y él se vuelve a reír: sin que mamá se de cuenta, agarra una hojita que quedó sobre su plato y se la pone en el diente. Basta, basta, que nos va a caer mal la comida, dice ella.

Después de un silencio, en la mesa mi papá le dice a mi mamá: si vos querés podríamos escribirle al chico para que venga un día a comer. Después mi papá me dice si puedo avisarle. Le digo que sí.

A Ramiro le escribo por Facebook el mismo día en que mi papá me lo pide. Él me contesta dos horas después: me gustaría, dice, seguro vaya. ¿Viste cómo me abrazó tu mamá? Es obvio que les caigo bien, y agrega una carita con guiño.

Le digo que sí, que tiene razón.

Siempre tengo razón, responde. No contesto, y él, al minuto, escribe: ¿Vas a estar? estaría bueno verte.

Cuando los veo a mis papás en la cocina, les aviso que hablé con él. Seguro venga alguno de estos días, les digo, y ellos sonrían; me preguntan si me dijo algo más, si dijo exactamente cuándo. Yo digo que no, que nada más, y entre los dos me abrazan. Me quedo quieta, mis brazos pegados al cuerpo.

A Ramiro le digo que sí, que voy a estar en casa; que soy responsable, no como otros. Me dice que soy yo quien lo está invitando, y que además sigue esperando el helado que nunca le dimos. Tardo en responder. Finalmente le digo que me obligaron a escribirle mis papás, que va en contra de mi voluntad. No te creo, dice él, y es otra vez lo mismo: tiene razón.

A la semana siguiente regresa a nuestra casa. Lo veo desde mi habitación antes de que se decida a llamar. Duda unos instantes frente a la reja, y finalmente toca el timbre. Oigo que mis padres se dirigen hacia la puerta: podría adivinar de quién es cada paso.

Se mueve en el lugar mientras espera. Me ve en la ventana y extendemos las manos en el aire para saludarnos. Se me acelera el

corazón, apenas, y respiro hondo para que sea menos perceptible. Sonrío y él se acomoda el pelo, lo lleva para atrás con su mano. Mis papás abren la puerta para recibirlo.

Lo abrazan entre los dos y él queda en el medio, la mirada todavía puesta en mi ventana. Entran y mi mamá se dirige hasta mi cuarto para avisarme, con los ojos brillosos, que regresó. Le digo que ya sé, que lo ví desde acá y que ahora voy.

En la cocina me acerco para darle un beso, pero me arrepiento y levanto la mano a medio metro de su cara; nos saludamos moviéndolas como si estuviéramos lejos, pero en realidad su palma está tan cerca de mi cara que al moverla me hace llegar una brisa. Respiro hondo; esta vez huele a desodorante de hombre.

Nos quedamos unos segundos en silencio los cuatro: nadie sabe qué decir.

Mi mamá propone comer algo. Le cuenta a Ramiro que el otro día hizo una nueva receta y que a mi papá y a mi nos encantó. Tenés que probarla, le dice, te va a gustar. Ramiro asiente, se saca el barbijo y lo guarda en el bolsillo de su pantalón. Sus labios parecen cada vez más gruesos. Nos sentamos en la mesa él, mi papá y yo. Aún falta para comer, pero mi mamá dejó una picada improvisada con pan, queso, aceitunas y papas. Ramiro come sin pudor, sentado enfrente de mí. Levanta la vista cada tanto y me sonrío, con la boca medio llena y los ojos que se le achinan. Me levanto para ir al baño y siento al caminar que su mirada está reposada sobre mi espalda, que observa cómo me voy. Mi papá le pregunta por la novia, él responde que no la llame así, que tampoco para tanto, se ríen, yo sigo avanzando y cada vez escucho menos.

Al salir del baño, está Ramiro. Quiere entrar, y yo salir, y ambos nos chocamos. Esta vez, me sostiene la cara y me besa. Sus labios

abarcen toda mi boca, y me dejo unos segundos: uno, dos, tres, cuatro, cinco. O quizás más. Probablemente más, porque mi mamá y mi papá aparecen y ella, a los gritos, pregunta qué estoy haciendo, que cómo me da la cara y levanta la mano como si fuera a pegarme, aunque nunca lo haya hecho. Mi papá lo impide y la calma: ambos me miran y niegan con la cabeza. Ramiro se aleja de mí, y les pide disculpas a ellos, me mira, pero que mejor se va, que le abramos, que fue un error. Mi padre le dice que espere, que todavía no. Mi madre comienza a llorar. La cara se le deforma, se contrae y de su boca sale un sonido casi ahogado. Mi padre, a su lado, se sostiene de su hombro: tiene los labios apretados, como haciendo fuerza; las arrugas se le marcan en la frente y los ojos se le achican apenas: es el rostro de un hombre que quiere llorar, pero no sabe cómo.

Le digo a Ramiro que le voy a abrir, que vamos, que no se preocupe, no pasa nada; yo también quiero salir de ahí, pero ellos nos detienen. Ramiro se queda, dice mi papá. ¿Cómo nos van a hacer esto?, agrega mi mamá, pero ya no llora. Ramiro los observa y me mira como pidiéndome una explicación, pero no dice nada. Avanza por delante de mis papás, los corre apenas con los brazos, e insiste en que se tiene que ir. Camino yo también. De la cocina llega olor a papas y a carne. Mis papás ahora están casi inmóviles. Mi madre dice un nombre y que no se vaya, por favor, que no se vaya. Ramiro no se detiene y yo lo sigo, conteniendo las ganas de llorar. Vamos los dos hacia la puerta y nos alejamos. La puerta del baño quedó apenas abierta y la luz encendida, pero el pasillo en el que están mis papás está tan oscuro que al darme vuelta no distingo con claridad sus figuras.

Le abro, le pido perdón, y me quedo callada: no puedo seguir hablando. Me pregunta qué pasa; dice que no entiende; quiere saber si siempre son así conmigo.

En la puerta de entrada enuncia las posibilidades que se le cruzan: que somos religiosos; que aparento más edad de la que en realidad tengo; que me pasó algo antes. Niego con la cabeza. No es nada de eso, digo y trago saliva. Él se queda esperando una explicación. No pasa nada, insisto. Es una larga historia, digo, y yo también comienzo a llorar.

GRETA

A la perra la trajimos hace unos años, un día casi sin quererlo. Fuimos a visitar a mis tíos en Bragado y nos mostraron a Greta; dijeron que ya no podían tenerla en el campo, que cada vez iban menos y que la perra, después de tener a las crías, había quedado muy sola. Mis papás hablaron entre ellos y ese domingo, al volver hacia nuestra casa, estaba, entre medio de mi hermana y yo, la perra.

Greta muere y me llama mi hermana por teléfono para avisarme de la noticia. Mi perra está en Quilmes con mi papá, mi hermana en Madrid y yo en La Plata: todos unidos por su muerte. Me apena no estar para ayudar a mi papá a enterrarla. La perra se ahogó en la piletta. No sabemos si primero se cayó y en consecuencia murió, o si le dio un infarto y luego cayó. Realmente tampoco importa. Mi mamá está en España, varada luego de ir a conocer a su primer nieto. La idea era que ella se quedara un mes más para ayudar a mi hermana en el cuidado de Tomás. Con mi papá volvimos a tiempo, un día antes de que los aeropuertos cerraran y fuera imposible regresar al país. Después de 25 años, es la primera vez que mi madre y mi padre pasan separados más de tres meses. Saben sin embargo que nada cambiará al volver a verse: cada uno lleva consigo una parte del otro, más allá de la distancia. Gozan también de algo que la edad a mí aún no me permite: la nostalgia infinita. Ya no la practican, pero de alguna forma eso está.

Me llama mi hermana y me pregunta cómo es posible que no esté con papá.

Mi mamá está en el teléfono con ella, llorando. Distingo su llanto. Me entero que la causa de la muerte de Greta es para mi mamá que mi papá la haya dejado sola afuera. Él estaba en su habitación y al salir al patio vio a la perra en la pileta.

Mi madre me habla desde el teléfono de mi hermana. Dice que no la tendría que haber dejado sola afuera; dice, desde la distancia, que Cholo, el otro perro, va a estar deprimido. Aprovecha y usa su frase favorita: cuando yo no esté me van a extrañar. Lo escucho desde hace más de quince años y confirma lo que en fondo creo: jamás me va a faltar mi madre.

Les digo que estoy en La Plata. Ya no sé con quién de las dos hablo. Ni siquiera puedo volver. Mi hermana llora a pesar de que Greta no fue en nuestra vida demasiado significativa. Eso tiene la muerte, pienso, mientras ella, a más de diez mil kilómetros de distancia, se indigna porque yo no estoy en casa. Luego por mensaje me escribe: tenés que ser más solidaria; sabés cómo es mamá que tiene sus cosas, pero es buena; tenés que estar más presente, lo necesita; tenés que ser más cariñosa con mamá.

Regreso a mi casa con un permiso de circulación. La calle está casi desierta. Al llegar, mi padre y yo nos abrazamos durante uno o dos segundos. Doy un palmada sobre su espalda y me siento estúpida. Noto que él, al igual que mi madre, también está triste. Mi mamá permanece dos meses más en Madrid con mi hermana hasta que le permiten volver. Hablamos todos los días. Ella dice que nos ama y nos extraña y con mi papá decimos nosotros también, nosotros también. Pero nadie menciona a la perra, hasta que un día mi papá me cuenta: mamá está así porque nosotros conocíamos a la perra desde antes, dice. La trajimos nuevamente porque el tío no podía tenerla y porque era el acuerdo: cuando ustedes ya estuvieran grandes y la perra no fuera peligrosa, volvería con nosotros. Y así fue. Yo

no entiendo del todo. Recién terminamos de hablar por teléfono con mi mamá que sigue triste. Por qué peligrosa, digo. Mi recuerdo de Greta fue siempre el mismo: la perra acostada al sol, la perra acostada a la sombra. Qué hizo, pregunto, ¿se levantó del piso? Pero a mi papá no le da gracia. Me dice: te atacó. Eras chiquita y la perra, por celos o vaya uno a saber por qué, te atacó y tu mamá vio cómo te agarraba del pullover y te quería sacar de la cuna. Te lastimó el brazo, pero por suerte tu madre reaccionó a tiempo. Miro casi por reflejo mi brazo. No digo nada y mi papá continua: yo no estaba, dice. Me llamó al trabajo y cuando llegué a casa tu mamá todavía lloraba y la perra estaba encerrada en nuestra habitación. Pensé en sacrificarla pero tu madre no quiso, estaba encariñada. Tampoco podíamos tenerla. Fue nuestra primera perra, entonces tu abuela, que había venido a ver cómo estabas, nos sugirió que la lleváramos con el tío. Al otro día la perra ya estaba en el campo.

Hoy, nuevamente, la veo. Hay una fuerte tormenta. Mi papá está en la habitación y cuando deja de llover con tanta vehemencia abro la puerta del patio para que el perro salga a hacer pis. Mi mamá corta cebolla sobre una tabla roja en la mesada. Hací que entre Cholo, dice, con los ojos llorosos. Cuando llamo al perro para que vuelva, no responde. Entonces me acerco y lo veo, hurgando entre la tierra mojada. Todavía hay una llovizna molesta. Le grito para que salga y noto que tiene la trompa embarrada. Me acerco más y veo el lomo de Greta. Se distingue el marrón clarito de su espalda mezclado con el barro. Agarro con mis manos tierra del cantero de al lado y empiezo a cavar. La tierra me entra en las uñas pero yo sigo cavando. Cada vez más y más profundo. Luego me detengo. Dejo quietas mis manos unos segundos entre el barro mojado. Junto despacio la tierra y la pongo encima de Greta, hago unas montañas y las aplano dando golpecitos.

Entramos, Cholo y yo. Pasamos por detrás de mi madre. En el baño lavo mis manos y limpio su hocico que tiene todavía restos de barro. El perro se acerca a mi mamá, se le pone al lado como diciéndole no llores más. Al rato, mi madre nos llama a mi papá y a mí. Está la comida lista.

LOS HIJOS

Mientras lavaba los platos del almuerzo escuché dos disparos que venían del piso de arriba. Me quedé quieta, con las manos debajo del agua caliente. Miré a mi alrededor como buscando a alguien y empecé a preguntar por Silvia y por Jorge. Subí las escaleras, mientras seguía diciendo: ¿Señora? ¿Silvia, está bien?, pero nadie respondía. Abrí lentamente la puerta de su habitación y los ví. Llevé mi mano a la boca y me quedé inmóvil algunos segundos. Miré el cuarto que horas antes había limpiado: había ropa tirada en el piso, sus cuerpos y un charco de sangre. Los observé con detenimiento y luego cerré la puerta, despacio, como si pudiera despertarlos. Bajé las escaleras y tomé el teléfono. Le dije a Lucila que había escuchado un ruido extraño.

Tras mi llamado, su hija llegó rápidamente: se encontraba cerca porque estaba viniendo a buscar a Silvia para irse de viaje, pero eso lo supe después. Algo raro, de arriba, le dije, cuando entró en la casa. Subió las escaleras casi corriendo y yo la seguí. Abrió la puerta de la habitación de sus padres y se quedó quieta, como helada, mirándolos. Llevé nuevamente mi mano a la boca, pero Lucila no me miró. Estaba Silvia ahí, en el piso, rodeada de sangre y Jorge con su traje manchado, como nunca en vida me lo habría permitido. Lucila se echó a llorar, arrodillada al lado de su madre. Golpeaba con su puño el piso y lloraba y lloraba. Pensé en mi hija. Abrazó a Silvia, dijo cosas, y se dio vuelta para mirarme o para ver si continuaba ahí. Tenía la cara mojada y no podía hablar. Su remera estaba manchada con sangre. Le dije que teníamos que llamar a la policía y ella, todavía arrodillada, asintió. Le dije también que podía comunicarme con sus hermanos, y Lucila volvió a mover la

cabeza y a mirarme desde abajo. Sonreí un poco. Su madre y ella parecían una misma persona, en distintas edades. Por detrás de ellos tres, desde el ventanal se asomaba un sol cada vez más fuerte: era un día realmente hermoso.

Primero llegó la policía. Lucila seguía pegada a su madre. Bajé las escaleras y abrí la puerta. Es arriba, les dije, y ellos avanzaron rápidamente, guiados quizás por el llanto. Al instante, llegó también Germán: su rostro estaba igual que siempre, inalterable, entró y subió, sin dirigirme la palabra. Me quedé esperando a Mariano y a Juan. Mariano, el último que llegó, lo único que me dijo fue que me quedara ahí. Él subió también y estuve por unos minutos sola en el living de la casa que parecía más grande que siempre, si es que eso era posible. Me detuve a ver los portarretratos que había sobre el mueble de madera. Había también, en otro mueble, piedras de distintos tamaños y dos relojes. Observé los cuadros sobre las paredes blancas. En la esquina, en el techo, una cámara monitoreaba el cuarto principal. A Lucila ya no la escuchaba.

Mientras continuaba mirando los cuadros, más por pasar el tiempo que por interés, bajó uno de los oficiales con una libreta en la mano. Me preguntó por mi nombre y mi apellido, hace cuánto que trabajaba con la familia y si había visto algo. Mariana Domínguez, tres años, no, no vi nada. Me dijeron que lo mejor iba a ser que me retirara, y que más tarde iban a contactarse conmigo. Como si nada hubiera pasado, tomé mi bolso y salí por la puerta principal. Había dos patrulleros estacionados y estaban los vecinos que hablaban en las puertas de sus casas. Los de al lado, que nunca me habían saludado en años, quisieron saber qué había pasado. También los de enfrente, que habían salido con sus hijos, todos arreglados como si hubiera un gran evento. No había ni una nube ese día en el cielo y el pasto parecía que brillaba. Me fui caminando, lentamente, y no le respondí a nadie. En la recepción saludé a los dos chicos que siempre estaban. Se miraron entre ellos, y luego me devolvieron el saludo.

El día anterior uno de ellos, el más joven de los dos, había llamado a la casa porque había llegado un pedido para Silvia. Cuando abrí la puerta y lo recibí, pensé que era un almohadón. Lo dejé en el living para que lo viera cuando llegara del golf. Jugaba semanalmente con sus amigas del barrio, pero ese día no volvió sola. Regresó con Jorge y cuando entraron y vieron lo que había llegado, él preguntó qué era. Silvia lo tomó y dijo que era una obra de arte, una pieza única y no sé qué otra cosa. Qué maravilla, decía, y me miraba, entonces yo le decía sí, es hermoso, señora, es hermoso. Jorge nos miró y dijo que eso era tirar plata y que no entendía el arte porque era daltónico. Me dirigió una sonrisa y sonreí también y asentí. No dije nada y Silvia tampoco dijo nada: tenía todavía el almohadón de colores en sus manos.

Esperé el colectivo: afortunadamente llegó rápido y casi vacío. Miré mi celular: eran las tres y veinte de la tarde y tenía cuatro llamadas perdidas de mi hija. La llame inmediatamente. Me preguntó qué había pasado y dijo que en el noticiero estaban hablando de los Neuss. Quiso saber si yo estaba bien. Estoy bien, le dije, mejor que nunca. Pregunté qué estaban diciendo en la televisión. Mi hija me respondió que estaban mostrando fotos de la casa y de ellos dos, y que decían algo de un pacto suicida. Se me escapó una risa, y le expliqué que eso era imposible: nunca estuvieron de acuerdo en nada.

Silvia me había contado días antes que estaba planeando un viaje a Villa de la Ventana con su hija. También decía que había aprovechado toda esta situación para pasar más tiempo con sus nietos. Eran dos nenes de diez años, gordos y bastante torpes, y una nena de siete que no saludaba nunca. Todos los inviernos Silvia y Jorge se iban a Estados Unidos y me dejaban la casa a cargo. Este año no habían podido, pero Silvia estaba contenta. Participaba de las marchas para que se terminara la cuarentena y se arreglaba, se ponía unos pantalones claros y un pullover con mangas anchas y me decía

¿Estoy bien así?, y yo asentía. Se pintaba los ojos y la boca, frente al espejo de su habitación. Luego se ponía sus aros preferidos, dorados y grandes, me avisaba que se iba y tomaba la llave de su camioneta para buscar a sus amigas. Jamás se habría suicidado porque no podría haberle preguntado a nadie si lo había hecho bien.

Cuando llegué a mi casa, mi hija me abrazó. La tranquilicé, le pregunté cómo estaba. Eran las cuatro de la tarde, estaba cursando y de la computadora se oían distintas voces. Le dije que ahora tenía que conseguir otro trabajo, nada más, y sonreí.

Por las noticias, nos fuimos enterando de otras cosas: Lucila en ese momento estaba yendo a la casa porque iban a irse de viaje con su madre, a Villa de la Ventana. La noche anterior, Silvia le había escrito que había discutido con Jorge.

Al poco tiempo, en el noticiero ya había quedado descartada la posibilidad de un pacto suicida, y con mi hija seguíamos el desarrollo de las noticias: durante tres días estuvimos atentas en cada cena. A veces cocinaba yo, otras veces ella, y comíamos en los platos que Silvia me había regalado porque se había comprado nuevos y, me dijo, ya no sabía qué hacer con estos.

Al día siguiente me llamó Mariano. Me dijo que fuera a la casa, que tenían que hablar conmigo. Habían pasado cuatros días y hasta ese momento nadie se había contactado. Ni siquiera la policía.

El colectivo me dejó a dos cuadras. En la entrada, saludé al chico de la recepción y él avisó. Desde adentro alguien dijo que pasara. Fui caminando hasta llegar. Mariano me abrió y me dijo que me pusiera cómoda. Estaban sus hermanos y Lucila, sentados en el sillón blanco y largo. Yo me senté también, en la punta. Germán dijo que lo que había pasado era terrible, que se encontraban todos muy dolidos y que no iban a necesitar mi presencia por un tiempo. Que esperaban

que entendiera. Yo asentí, dije entiendo, entiendo, con un gesto que hice moviendo mi mano. Él tomó de su bolsillo del pantalón un sobre blanco doblado a la mitad. Me lo entregó con una sonrisa, y yo dije gracias, e hice una mueca, mientras me volvía a sentar y guardaba el sobre en la cartera. Me hubiera encantado abrirlo en ese mismo instante. Dijo que al día siguiente harían la ceremonia, que los iban a despedir, pero que iba a ser algo íntimo. Yo observé a Lucila, que miraba para abajo y no levantaba la cabeza. No dijo nada. Luego vi a todos, y a Germán nuevamente: sentado, encorvado, sus codos apoyados sobre los muslos y las manos entrelazadas. Detrás suyo tenía, puesto como un almohadón, la obra que, días antes, había comprado Silvia.

Regresé a mi casa. Esperé el colectivo, sujetando fuertemente mi cartera por debajo de la axila derecha. Al llegar, abrí el sobre y conté la plata: eran cinco mil dólares. Guardé la mitad en el cajón de las medias, en el fondo, y la otra mitad en la parte de arriba del armario, detrás de los acolchados de invierno. Mi hija me preguntó cómo me había ido. Bien, le dije. Esa noche pedimos para comer milanesas a la napolitana, papas fritas y un postre de chocolate, para compartir. Cenamos mirando las noticias de los Neuss. Como cada vez se hablaba menos teníamos que cambiar de canal para ver si en los otros estaban hablando. La noche siguiente hicimos lo mismo. Pedimos comida y también helado. Mi hija fue hacia su habitación y volvió, con una sonrisa. Estiró sus brazos con los puños cerrados y me hizo tocar uno para abrirlo. Toqué su puño derecho, pero no había nada. Qué lástima, me dijo. Abrió la mano izquierda y me mostró un porro. Ahora voy a tener que fumarlo sola, agregó.

En el noticiero hablaron nuevamente de Silvia y de Jorge, mencionaron a la empleada, con mi hija nos miramos y señalamos la televisión. Sonreíamos, mientras nos pasábamos el porro con el filtro ya húmedo. Mostraron parte de la ceremonia: vimos un portaretrato enmarcado en marrón, con la foto de Silvia y de Jorge, los dos

sonrientes, en algún evento pasado. Estaba apoyado sobre una de las rejas del cementerio y, al lado de la foto, sus hijos abrazados. Le mostré a mi hija quién era quién, y ella me dijo que ya sabía. Que los había visto en los capítulos anteriores. Se rió ella, y después yo. Y la risa fue creciendo. De a poco, hasta volverse incontrolable. Respirábamos hondamente, y evitábamos vernos para no seguir riendo. En la televisión, Juan, Germán y Mariano y Lucila tenían trajes y anteojos negros. Habían decidido enterrar a sus padres juntos.

Cuando llegó el delivery le abrí y le dí un beso en el cachete. El chico primero se quedó quieto y luego dió un paso hacia atrás. Le empecé a pedir perdón y a reirme. Le dí 100 pesos de propina, y volví a disculparme. Cuando entré le dije a Marti lo que había pasado y me preguntó si era lindo. Le vi solo los ojos, pero sí, dije, estaba bien. Nos reímos un poco más, mientras seguíamos mirando las noticias. Los hijos ahora hablaban con la gente que había concurrido. No reconocí a nadie más. Comíamos una hamburguesa doble: nos manchábamos los dedos y la boca. A veces cuando les servía la carne, dije, Silvia me pedía que cortara en pedazos chicos. Me reía y me costaba seguir hablando. Me hacía servir en los platos, continué, dos cuadraditos de entraña que parecían un chiste. Me reí nuevamente y Marti también se rió. Yo ponía la carne y Jorge me decía Impecable, impecable, dije, imitando su voz nasal y poco clara. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla!, empezó a decir mi hija, cambiando también el tono de su voz, y volvimos a reírnos. Luego, cuando pudimos dejar de hacerlo, comimos lo que quedaba de la hamburguesa.

Nosotras nos quedamos unos segundos en silencio. Mirando las noticias, y todavía con un pedazo de comida en su boca, mi hija dijo: pobre, igual, ¿no? Y yo asentí, sin demasiada convicción.



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL**

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA